

ASAMBLEA CONJUNTA DE OBISPOS Y SACERDOTES

Para la preparación de la Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes, el Secretariado Nacional del Clero ha elaborado una serie de Documentos-Hipótesis, previa consulta de obispos, sacerdotes y expertos. Estos Documentos recogen toda serie de reflexiones y aportaciones en orden a diagnosticar los problemas sacerdotales y a tratarlos convenientemente. Son instrumentos de trabajo para utilizar en el proceso de la Asamblea.

En el presente trabajo, utilizando como base las aportaciones de dichos Documentos, se trata de establecer la significación del ministerio sacerdotal. Y, a partir de esta significación, sugerir los principios-eje que deben estar presentes a la hora de una renovación de las estructuras clericales si queremos que esas estructuras sean válidas. Por este motivo, al final del trabajo, se hacen algunas observaciones al "Documento II" dedicado a sugerir algunas soluciones a los problemas sacerdotales originados en las estructuras.

I. SITUACION ACTUAL Y SU PROBLEMATICA

El primer documento llamado "Documento 0" es una síntesis socio-gráfica que, basándose en los resultados de la encuesta consulta al clero, describe la situación del clero español y su problemática personal, eclesial y social.

Según este documento, más de la mitad de los sacerdotes encuestados (53,85 %) se encuentran *insatisfechos* ante el desarrollo de sus actividades pastorales. Y un 57,15 % cree que hoy ha quedado indeterminado lo que significa y exige ser sacerdote en la Iglesia. Esta indeterminación del estatuto social del sacerdote supone una fuente permanente de conflictos psicológicos y sociales. De ahí que el 36,7 % de los sacerdotes

confiesen tener y padecer "tensión interior, falta de paz y de alegría".

Dos son, pues, las fuentes de insatisfacción y duda en gran parte del clero. Por un lado lo que podríamos llamar el *estatuto sociológico del clero*. Y es que en la sociedad actual, tal como se va configurando, el clero como grupo social diferenciado, tiende a desaparecer. A este hecho quiere responder, seguramente, la resistencia de muchos sacerdotes a diferenciarse de los demás hombres tanto en su forma de vestir como en su vida profesional y en sus comportamientos sociales. Por otra parte el *problema pastoral*: pues son muchos los sacerdotes que experimentan cómo una pastoral orientada en un sentido cultural-religioso no tiene acceso a la mayor parte de las personas, ya que el número de quienes se alejan de nuestro culto y pastoral aumenta progresivamente.

Es comprensible, pues, que un 68,24 % del clero estime que la realidad social actual está exigiendo un sacerdote "bastante o totalmente diferente". Ahora bien, esta exigencia de una imagen diferente del sacerdote se plantea aquí, no a partir de una reflexión teórica sobre el significado del ministerio en el Nuevo Testamento, sino en función de las "circunstancias de la sociedad actual". Sin embargo, difícilmente podríamos iluminar cuáles son las exigencias, objetivos y tareas del ministerio en la sociedad actual si, previamente, no determinásemos cuál es su significación tal como aparece en el Nuevo Testamento. Y es que, muy posiblemente, la insatisfacción a que hemos aludido tiene que ver con una forma histórica de comprender el ministerio bastante unilateral.

II. EL MINISTERIO DEL NUEVO TESTAMENTO (1)

1. PLANTEAMIENTO GENERAL

Tal como se presenta en el Nuevo Testamento, el ministerio evangélico está enraizado en el ministerio de Cristo, del que es prolongación. Pero, antes de examinar el contenido mismo del ministerio de Cristo, conviene determinar cuál es el concepto base que justifica dicho ministerio. Porque de esta orientación previa se derivan consecuencias de notable importancia, como veremos más adelante.

Ahora bien, según la doctrina neotestamentaria, el ministerio de Cristo se justifica y explica a partir del concepto de *misión*. En el evangelio de Juan, sobre todo, Jesús se designa a sí mismo como "enviado", el que "ha venido" (3, 16-17.34; 4,35; 5,30.36; 6,29, etc.). De la misma manera, los hombres escogidos por él a continuar su ministerio son designados en los evangelios con el mismo título de "enviados" (Mt 10, 2-5.16; Mc 3,14; Lc 9,2; Jn 17,18).

También en el libro de los Hechos, al narrar la vocación de Pablo, se utiliza el término "enviar" (Act 22,21). Y es curioso que Pablo se acoja siempre a este título para justificar su apostolado (1 Co 15, 8ss; Gal 1,12).

Según estos datos aparece que tanto el ministerio de Jesús como el de los apóstoles es comprensible a partir del concepto de misión.

La misión de Jesús se explicita en tres aspectos o funciones de su realidad de mediador: Cristo aparece, sobre todo, como *Profeta* (Lc 4,16-24; Mt 13,57; Mc 6,1-6). Con este título es designado el mismo Jesús por la gente en repetidas ocasiones (Mt 16,14; Mc 6,15; Lc 7,16-39; Jn 7,40) y así es proclamado por la comunidad primitiva (Act 3,22-26). Y es que Jesús es el Revelador del Padre (Jn 1,18; 1 Jn 1,1-4). Más aún, la revelación total de Dios (Heb 1,1-2).

También el Nuevo Testamento presenta esta función *profética* (1 Co 12,28; Rm 12,6; Ef 4,11; 1 Te 5,20) que vincula a quienes la tienen con los mismos apóstoles (Ef 2,20; 3,7).

Resulta llamativo que en los evangelios esté ausente la presentación de Jesús como *Sacerdote*. En su vida pública nunca se planteó la pregunta de si Él era el Pontífice esperado. Y es que Jesús no provenía de una familia sacerdotal. Tampoco su actividad fue considerada como sacerdotal, sino como profética (Jn 6,14; 7,40; Act 3,22). Y respecto de su muerte nada tiene que ver con el sacerdocio legal pues ni cumplió con los requisitos rituales, ni se realizó en el Templo, sino en el campo, es decir, en un contexto completamente secular.

En los evangelios, sin embargo, han quedado vestigios redaccionales en los que claramente aparece el sentido sacrificial de la vida y de la muerte de Jesús. Tales son, por ejemplo, la "sangre de la alianza" (Mt 26,28), dar la vida "como rescate" (Mc 10,45; Mt 20,28). Y en el testimonio de la carta a los Hebreos es central el tema del sacerdocio de Cristo.

Aunque los datos referentes a la función sacerdotal de los ministros del Nuevo Testamento son bastante pobres, sin embargo se pueden constatar (Act 8,12-38; 22,16; Sant 4, 13-15; 1 Tm 4,14; 5,22; 2 Tm 1,6). Y en la tradición inmediatamente posterior queda muy clara la función sacerdotal del ministerio (Clemente Romano: *Epístola XLIV*, 1-4; *Epístola Barnabae VII*, 3, etc.).

La fe de las comunidades primitivas es la fe en Jesús como *Señor* (Act 2,36; 5,14; 8,16; Fil 2,11; Rm 4,24; 1 Co 1,2; Col 2,6, etc.). Jesús es el Señor absoluto (Rm 14,9; Col 2,10; 1 Co 15, 24ss.), especialmente de la Iglesia (Col 3,18; Ef 1,20ss.).

La continuación de este señorío de Cristo en los ministros de la Iglesia se expresa con estos términos: presidir (1 Tm 5,7), apacentar (1 Pe 5,2; Act 2, 28).

De lo expuesto hasta aquí podemos concluir que el ministerio del Nuevo Testamento aparece enraizado, desde el comienzo, en la Misión de Cristo. Que dicha misión se expresa en tres funcines —profética, sacerdotal y señorial—, como tres categorías básicas de la única realidad de Cristo mediador. Por eso no se puede dividir el ministerio, como no

se puede dividir a Cristo. Y así, en el Nuevo Testamento no existe tensión entre la función evangelizadora por una parte, y la función cultural por otra. Sino que la "fracción del pan" va asociada a la "doctrina de los apóstoles" (Act 2,42). Pues ambas funciones se interpretan a partir de la misión de Cristo. Esto quiere decir que el ministerio cristiano se comprende a partir de la interpretación "misional" y no a partir de una interpretación "sacral-ritual".

2. ORIGINALIDAD DEL SACERDOCIO DE CRISTO

La comprensión "misional" queda especialmente subrayada en la originalidad del sacerdocio de Cristo respecto del sacerdocio levítico. Así aparece en la carta a los Hebreos, cuya importancia estriba precisamente en esta presentación radicalmente distinta del sacerdocio de Cristo.

Y es que Cristo no ofreció una ceremonia ritual, sino su propia vida (9,12), el temor a la muerte (5,7), su semejanza a los hermanos incluso en la tentación (4,15). Es más, la condición necesaria para poder llegar a ser un gran sacerdote es precisamente asumir por completo la condición humana, incluso en la tentación y la muerte (2,17-18).

Resulta más sorprendente la novedad del sacerdocio de Cristo si se le compara con la tradición del Antiguo Testamento, donde los levitas eran separados del resto del pueblo por medio de una serie de ritos santificantes y de abluciones (Ex 29; Lv 8-9). El autor de la carta a los Hebreos, sin embargo, insiste con fuerza en la necesidad de "semejanza" y "asimilación" a los hombres con todas sus consecuencias. Todo lo contrario del concepto de "separación". Más aún, la semejanza llega hasta la humillación (2,18) en contraste dramático con el aspecto de exaltación y gloria, incluso política, de la tradición judía (2 Mac 4,7.13.22ss).

En Cristo desaparece para siempre la distinción entre "sacerdote" y "víctima", porque El "se ofreció a sí mismo" (7,27; 9,14). También se suprime la distinción entre culto y existencia real: Cristo "por su propia sangre" entró en el santuario (9,12). Así pues, el sacerdocio de Cristo, según la carta a los Hebreos, no es ya ritual, sino real y existencial. Y lejos de suponer una distinción y separación de los hermanos, Cristo Sacerdote se asimila a ellos haciéndose semejante en todo, menos en el pecado.

El sacerdocio de Cristo queda pues determinado por su misión salvadora: El "ha venido" (misión) "para dar su vida" (no un simple rito) "como rescate" (dimensión sacerdotal).

A partir de esta visión del sacerdocio de Cristo completamente original respecto del levítico es comprensible que los apóstoles tuviesen especial cuidado en no designarse a sí mismos como "sacerdotes", sino que adoptaran nombres tomados de realidades completamente ajenas a las organizaciones religiosas: "esclavos", "ministros", es decir servidores en relación precisamente con la misión (Mc 10,45; Mt 20,28; Lc 22,27).

Esta misma terminología de servicio se aplica a los sucesores de los apóstoles (Fil 1,1; 1 Tm 4,6).

Y, aunque la actividad predominante de los ministros del Nuevo Testamento sea el ministerio de la Palabra, sin embargo aparece también con nitidez la dimensión cultural. Pero el mismo S. Pablo, refiriéndose a la celebración eucarística (1 Co 11,26), utiliza el verbo "anunciar" que es, precisamente, el término técnico del Nuevo Testamento para designar la misión, y concretamente la proclamación del mensaje (Act 4,2; 13,5.38; 1 Co 2,1 etc.). Es decir, que también el culto cristiano es presentado como un anuncio y proclamación del Ministerio de Cristo.

III. REINTERPRETACION DEL MINISTERIO Y SUS EXIGENCIAS

De lo expuesto hasta aquí se desprende que el ministerio del Nuevo Testamento es sólo comprensible a partir de la misión de Cristo. Y que el concepto de "misión" condiciona la interpretación de las funciones profética, sacerdotal y señorial. Y esto de tal forma que, incluso la actividad cultural queda enmarcada en un contexto de "anuncio", es decir, de misión.

Además, la misma misión sacerdotal implica una originalidad llamativa respecto de la interpretación sacral-ritual. Pues si la nota específica de esa interpretación es la de "separación", el sacerdocio de Cristo se distingue por el hecho de su total asimilación.

Ahora bien, la interpretación que se ha venido haciendo del ministerio evangélico ha estado condicionada históricamente por una concepción unilateral del mismo. Limitada casi exclusivamente por lo "sacerdotal", se concebía esta función dentro de los cánones de lo "sacral". Tanto es así que en el mismo rito romano de ordenación se establece la vinculación del sacerdocio del Nuevo Testamento con el de los levitas sin subrayar, dentro de la solución de continuidad de la Historia Salutis, la novedad del sacerdocio de Cristo.

Las consecuencias que se han derivado de esta interpretación son bastante claras. La espiritualidad sacerdotal quedó marcada por el concepto de "separación" propio de una inteligencia "sacral" del ministerio. El clérigo era el hombre "separado" de los demás en su vida y proyectos, y esta misma clave ha influido en la orientación de la pastoral, más preocupada de los aspectos rituales que del sentido misional del ministerio (2).

Así resulta bastante comprensible la insatisfacción que manifiestan la mitad de los sacerdotes encuestados, y la indeterminación con que viven su propio ministerio. Limitados a ser "hombres de lo sagrado", "separados" del resto de sus semejantes, se viven como ineficaces e insatisfechos. Y de tal manera ha calado en el medio ambiente esta valoración "sacral" del sacerdote que se le tacha de entrometido, e incluso se le reduce al silencio al sacerdote que se implica legítimamente en las tareas de este mundo.

Existe sin embargo, hoy día, por la duda e indeterminación en que se vive el ministerio, una tendencia de "asimilación" que apenas tiene nada que ver con el principio de "semejanza" a los hermanos tal como aparece en la carta a los Hebreos. Pues no se trata de una tarea de indiscriminación, según la cual el sacerdote se diferenciaría de los demás cristianos sólo en cuanto puede consagrar y perdonar los pecados. Si así fuera, inesperadamente vendríamos de nuevo a caer en una interpretación "sacral-ritual" del ministerio.

¿Cuáles son, pues, las exigencias que nacen de la comprensión que el Nuevo Testamento tiene del ministerio?

Frente al principio de "separación", típico de una concepción "ritual", se opone en el Nuevo Testamento el principio de "asimilación" a imagen de Cristo "semejante en todo a sus hermanos" (Heb 2,17-18). El sacerdote no es ya, por tanto, el hombre separado del resto de la gente, ni el mantenedor oficial de tradiciones caducas. Guiado además por el principio de "disponibilidad" (Mt 10,1 - 11,1) se libera de todas las ataduras que de algún modo le impiden la proclamación rápida y eficaz del Reino, tales como el miedo a los enemigos provenientes de la sinagoga y los tribunales (Mt 10,17-18), la vinculación afectiva a lo paterno y a lo materno (Mt 10,37).

El ministro del Nuevo Testamento, urgido por el amor a Cristo y al Evangelio (2 Co 5,14) comparte su vida con quienes padecen miseria, opresión, hambre e injusticia. En ellos encuentra su sitio y su *identidad*. Y, motivado por este proyecto, corre el riesgo de una ascesis liberadora en orden a la proclamación del Reino.

CONCLUSION

A la luz de esta reflexión parece que deberían pensarse los modelos en que se desenvuelve la vida sacerdotal. Porque puede suceder que, a la hora de planificar las estructuras clericales, nos dejemos guiar por una actitud defensiva y temerosa de auténtica renovación. Incluso, apoyándonos en los datos de la encuesta suministrados por la mayoría de los sacerdotes, quedarnos en un planteamiento estrictamente sociológico del problema. Es decir, sin cuestionar a fondo si los deseos que manifiestan gran parte de los sacerdotes serían capaces de resistir la confrontación con la doctrina neotestamentaria (3). Habría que valorar además qué significa el hecho de que las estructuras inauguradas por un deseo de renovación y de sustitución —tales, por ejemplo, los consejos pastorales y el presbiterio— hayan decepcionado a un 39,12 por ciento de los sacerdotes. ¿Quiere esto decir que los nuevos organismos, por no estar integrados en una verdadera renovación de lo que significa y exige el ministerio, decepciona a la corta o a la larga, y se convierten de hecho en remiendos?

Hay además un dato en el "Documento II" altamente significativo, aunque desde el punto de vista estrictamente sociológico venga a situarse entre los "casos extremos": cuando aparecen posturas especialmente pro-

blematizadas con porcentajes minoritarios, no hay que perder de vista que esas minorías representan precisamente las "nuevas generaciones". Se puede prever, por lo tanto, que en la medida en que se vayan incorporando esas nuevas generaciones al estatuto sacerdotal, esas situaciones problemáticas dejarán de ser minoritarias.

Sería de desear que la doctrina referente a la significación del sacerdocio ministerial tal como se expone en el "Documento I" se tenga muy en cuenta a la hora de concretar y sugerir respuestas tanto a los problemas personales de los sacerdotes como, sobre todo, a los problemas originados en las estructuras.

NOTAS

(1) Esta segunda parte resume la doctrina elaborada en el "Documento I" ("Significación del sacerdocio ministerial"). En este documento el lector podrá encontrar un estudio muy sensibilizado a la problemática actual sobre el tema, y por otra parte seriamente documentado.

(2) En el Documento "O" se constata que un 65,2 por ciento de los sacerdotes afirma no haber recibido una orientación interesante en materia espiritual. Y es que, durante los años de formación, han sido educados según un modelo de vida religiosa más adecuado para una vida monástica ("fuga mundi") que para el tipo de vida que se ven obligados a vivir después.

Respecto del desfasamiento intelectual y pastoral, el 38,92 por ciento de los sacerdotes encuestados piensa que los estudios realizados en el Seminario les supone un obstáculo para responder a los problemas que hoy se plantean los hombres. El 70,68 por ciento no se siente preparado para orientar al hombre de hoy en la reflexión cristiana sobre problemas económicos y sociales. El 32,97 por ciento la misma impresión respecto a los problemas familiares y matrimoniales.

(3) El "Documento II" aporta los siguientes datos sobre la valoración que los sacerdotes encuestados hacen de su preparación teológica: el 36,71 por ciento se encuentra entre "nada seguro" o "poco seguro" en Teología, correspondiendo la visión más negativa a los más jóvenes.